

LA NORIA



Ahmel Echevarría (La Habana, 1974) es graduado de Ingeniería Mecánica, en el Instituto Superior Politécnico José Antonio Echeverría. Miembro del IV Curso de Técnicas Narrativas del Centro de Formación Literaria Onelio Jorge Cardoso. Actualmente labora como editor del sitio web *Centronelio*, del Centro de Formación Literaria Onelio Jorge Cardoso, y de *Vercuba*. Ha publicado *Esquirlas* (noveleta, 2006); *Inventario* (cuento, 2007); *Días de entrenamiento* (novela, 2012); *La noria* (novela, 2013); *Búfalos camino al matadero* (cuento, 2013). Ha obtenido los premios Pinos Nuevos, 2005; David, 2004; Franz Kafka de Novelas de Gaveta, 2010; la Beca Fronesis de Creación Novelística, 2007; Razón de Ser, 2008; la Beca Dador, 2010; el Premio José Soler Puig de Novela, 2012; y el Premio de Novela Ítalo Calvino, 2012.

Ahmel Echevarría

LA NORIA



De la presente edición, 2016

- © Ahmel Echevarría
- © Hypermedia Ediciones

Hypermedia Ediciones
Infanta Mercedes 27, 28020, Madrid
Tel: +34 91 220 3472
www.editorialhypermedia.com
hypermedia@editorialhypermedia.com

Edición y corrección: Hypermedia Servicios Editoriales S.L
Diseño de colección y portada: Hypermedia S. E., S.L

ISBN: 978-1523950034

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

*en sei que non hai nada
novo embaixo do ceo,
que antes outros pensaron
as cousas que hora eu penso.*

*E ben, ¿para qué escribo?
E ben, porque así semos,
relox que repetimos
eternamente o mesmo.*

Rosalía de Castro, *Follas Novas*, II

*(...) solamente las ilusiones eran capaces
de mover a sus fieles, las ilusiones y no las
verdades.*

Julio Cortázar, *Rayuela*

*¿Acaso no sabía que esto podía suceder? ¿No
era una de las variantes posibles?*

Eduardo Heras León, «Dolce Vita»

I. EL CAÑÓN EN LA BOCA

1.

¿Nunca se sabrá cómo contar esta historia?

Estaba de pie, frente a la ventana —el único ventanal que tiene la sala de su apartamento—, a cinco pisos de altura sobre la calle Campanario. El sol caía vertical sobre el asfalto, rebrillaba en los cromos y parabrisas de los viejos automóviles americanos o en la flamante carrocería de los autos modernos. Esta calle no tiene soportales ni árboles en las aceras, solo viejos edificios y caserones que con el paso de las décadas y el arduo clima del trópico dejan caer pedazos de sus fachadas —incluso han perdido más que la testa de una cariátide, parte del alero o balcón encima de algún caminante o inquilino—; a los transeúntes no les queda otro remedio que ir calle arriba o calle abajo sin poder resguardarse del duro sol del mediodía multiplicado por el pavimento. Cuánto quisiera este hombre disfrutar ese apa-

rente andar despreocupado de los que caminan por la calle y la acera. Pero un episodio, para él muy particular, ha vivido. No lo ha olvidado. Incluso buscó papel en blanco y se ha puesto frente a la vieja máquina de escribir.

¿Cómo contar ese episodio? ¿Nunca se sabrá?

Se encoge de hombros. Luego de mirar el reloj regresa al butacón en donde estaba sentado.

Había cerrado los ojos antes de respirar profundo. Este hombre de barba cana, con un peinado afro que le impone varios centímetros a su espigado cuerpo, necesita encontrar la calma. Mientras escucha los *Conciertos de Brandeburgo* siente los latidos de su corazón. Pegan muy fuerte en el pecho y la sien. Solo está convencido de que hay una historia, una historia espera por ser contada. La vivió en cuerpo y alma. Aunque parezca inverosímil cree que debe escribirla.

Tan pronto exhala, abre los ojos y toma un libro: *Las armas secretas* de Julio Cortázar (Editorial Sudamericana, 1959). Es un ejemplar autografiado en 1963 por el propio Cortázar al finalizar una charla; era su segunda visita a Cuba.

Lo abre justo donde está el marcador: el cuento «Las babas del diablo». Y de pie comienza a teclear en su Remington:

Nunca se sabrá cómo hay que contar esto, si en primera persona o en segunda, usando la tercera del plural o inventando continuamente formas que no servirán de nada.

Relee lo escrito y mira hacia el librero: Prust, Dostoievski, Hemingway, Borges, Carpentier, Lezama, Henry James, Faulkner, Piñera, Cabrera Infante, Arenas, Flaubert, Pessoa, Tolstoi... Imagina el lomo de cada libro como el rostro de alguien que lo observa y juzga. Pero con un golpe de tecla retoma la escritura:

formas que no servirán de nada. Si se pudiera escribir: yo vieron caminar por el bulevar de Obispo como quien va en dirección al mar,

Mientras se rasca la barba se pregunta si alguien en pleno siglo XXI tendría paciencia para leer un relato en donde se experimenta con el lenguaje. ¿Puro fuego de artificio? Sus dedos tamborilean sobre la carcasa de la Remington. Y toma un bolígrafo. Luego de tachar la frase inconclusa decide retomarla:

formas que no servirán de nada. Si se pudiera escribir: yo vieron caminar por el bulevar de Obispo como quien va en dirección al mar, para terminar el acostumbrado paseo del tercer sábado del mes, después de un almuerzo, sentados sobre el muro del litoral bajo el tibio sol de la tarde, un sol que se irá doblando en calor y luz sobre la piel, o: nos me duele el fondo de los ojos cuando miro el claro y altísimo azul interrumpido a ratos por enormes manchones blancos, arrastrados por la brisa que llega desde el mar; nos me duele el fondo de los ojos si miro a esa porción de cielo que nos deja sobre

mí esas vetustas fachadas a ambos lados del bulevar, mientras andamos como quien va en dirección al mar, sabiendo que allá, al muro del litoral, no llegaré como otras veces: atiborrado de un mediocrísimo arroz frito, boniato hervido, ensalada, el dulcísimo postre y una cerveza más agria que amarga; atiborrado pero con un gran sosiego. Esta vez, casi en la mitad de mi paseo sabatino, habrá un portón abierto que sin yo saberlo me espera. O si mi Remington y yo, en plena comunión y ósmosis, dejáramos impreso en un papel: tú la mujer trigueña y la muñeira que llega a mi oído, una mujer y los acordes de una danza que ya no siguen allí, en el portón, en esa puerta que sin saberlo estuvo abierta, a mitad de cuadra; la gaita y los redobles de no sé qué otros instrumentos acoplados en el seis por ocho de la muñeira, y una mujer trigueña todo sonrisa delante de mis sus nuestros rostros.

Ha escrito el primer párrafo de su relato luego de poco más de catorce años sin escribir un texto de ficción. Antes de quitarse los espejuelos vuelve a mirar hacia el librero.

2.

Supongamos que este hombre se llama Jorge Luis, Julio Cesar o Antón, Piotr Ilich, Ernest, Virgilio,

Fiódor o quizá Johann Sebastian. La lista de posibles nombres podría ser mayor, porque tras seleccionar un disco iba hasta su Remington. Se sabía en un raptó de emoción y dejaba atrás su propia identidad; tal como hoy, deviene otra persona frente a la máquina de escribir.

Tiene una variada colección de óperas, conciertos, sinfonías, oberturas y oratorios junto a las vacas sagradas del rock & roll, el bossa nova, la nueva y la vieja trova, el rock, los pardos búfalos del filin, el bolero y el jazz. En el aparador —en donde todavía está la Remington— escribía. Y lo hacía como según él debía hacerse: de pie, descalzo, emocionado.

A ratos busca en su librero un ejemplar de *Emancipación: Cultura y Sociedad*. Conserva viejos números de esa revista trimestral, pero no elige al azar; hay, en la cuarta edición del año 1970, en la sección «Crítica de Arte y Literatura», un ensayo dedicado a sus textos narrativos: «¿El Paraíso en la Tierra?», de Alfonso Fernández de la Riva.

Ha vuelto a tomar la revista. Pero hoy solo releerá algunos párrafos:

Me atrevería a afirmar que su cuerpo es el escenario donde batallan mujeres y hombres sin una Gran Historia a sus espaldas, pero cuyas historias mínimas resultan verdaderas tragedias. El amor y la muerte, la traición, la soledad y la culpa en medio de una «vorágin» mucho mayor: la Revolución; entre tales temas se debaten los protagonistas de su no-

vela *La duquesa* (Nueva Isla, 1964) y su todavía inédita *Fin de semana en Neverland* (Segundo Premio del reciente Concurso Anual de Novela de la Sociedad Nacional de Artistas y Escritores —SNAE) o de su cuaderno de cuentos *Bajo el mismo cielo* (Ediciones Sociedad, 1968; Premio del Concurso Anual de la SNAE 1967), incluso su breve poemario *Kabuki* (Ediciones Sociedad, 1966). Con la lectura, el lector tendrá ante sí a individuos de diferentes estratos sociales; están en esas páginas, como si el autor los hubiera creado a partir de una de sus costillas. Allí están, con sus virtudes pero también con sus grandes defectos, cobran vida en esas páginas soldados y obreros, batallones y sindicatos, burgueses venidos a menos, prostitutas, viejos guerrilleros, anarquistas y comunistas evocando escaramuzas y heridas en un país anclado en el Caribe.

Tras hacer una pausa se pregunta cómo Fernández de la Riva pudo haber muerto de un paro respiratorio. Era evidente el sobrepeso, pero el asma no lo aquejaba, tampoco tenía un carcinoma en los pulmones. En la nota necrológica los diarios notificaron que la muerte se debió al fallo respiratorio. El redactor de la nota incluyó la hora del velorio y el lugar en donde sería sepultado. ¿Era aquel paro simplemente una casualidad? ¿O la punta de una madeja en la que tarde

o temprano se enredaría un cuerpo obeso, de 52 años, aparentemente sano? Una vecina lo encontró muerto. En las mañanas esta mujer le llevaba café. Fue en diciembre de 1971 cuando lo vio tirado en el suelo, boca arriba, húmeda la entrepierna; un espumarajo blanquecino brotaba de la boca.

En 1970 llegó a las librerías un libro de ensayos de Alfonso Fernández de la Riva: *¿Microcosmos?* (Editorial Nueva Isla). Recorría varios años de literatura cubana y se detenía en una docena de autores: Julián del Casal, Emilio Ballagas, Carlos Montenegro, Enrique Labrador Ruiz, Lino Novás Calvo, Lydia Cabrera, Gastón Baquero, Virgilio Piñera, José Lezama Lima, Ezequiel Vieta, Dulce María Loynaz y Cintio Vitier. Pero en la primera edición del 71 de la propia *Emanipación: Cultura y Sociedad* —de la cual fue su fundador y director desde 1963 a 1970— publicaron una reseña sobre su libro sin que él se diera por enterado. Alguien, parapetado tras el seudónimo Leovigildo Avilés, apretó el gatillo: «al autor de *¿Microcosmos?* no le interesa ahondar únicamente dentro de los límites de la simple crítica literaria. Ese aparente ejercicio del ensayo de tema literario cae en el terreno de la ideología y la confrontación. Su carga de subjetivismo es indudablemente ladina exaltación, subversión, realidad muy parcializada amparada en pretendidas posiciones revolucionarias».

Mientras lee fragmentos del ensayo de Alfonso Fernández de la Riva enarca las cejas. Según la autopsia,

Fernández de la Riva tenía demasiado alcohol y trazas de barbitúricos en el torrente sanguíneo y todavía una increíble cantidad de comprimidos en el estómago. ¿Necesitaba apaciguar su escritura, mantener a raya la exaltación y la subversión? Se sabía de la gran afición de Alfonso no solo por la buena cocina y la literatura, con cierta y ya no tan discreta frecuencia organizaba el «doble festín de la carne». Gracias a una enemistad a raíz de una reseña literaria escrita por él y publicada en *Emancipación: Cultura y Sociedad*, un olvidable narrador hizo público detalles que todos intuían pero que nadie a ciencia cierta sabía: cómo Fernández de la Riva saciaba el hambre de cuanto jovenzuelo recluta, incivil o universitario pescaba y a la vez saciaba la suya. «Salir tras un jabalí. Cazarlo. Comerse al aderezado jabalí».

Tras imaginar los supuestos festines retomó la lectura del ensayo:

He leído en cierta publicación la siguiente aseveración: No es inteligente abandonar las profundas raíces realistas e históricas de la narrativa nacional por otras quizás novedosas, pero que no están lo suficientemente sustentadas desde el punto de vista estético, ni por la apreciación del público lector. La cita, como el texto del que fue extraído, opera como una suerte de alarma. Intenta advertirnos que es peligroso alejarse de nuestras tradiciones literarias. ¿Acaso debe un escritor argentino no fijarse en otra tradición literaria sino la de Sarmien-

to, Macedonio Fernández, Leopoldo Lugones,
José Hernández, Ricardo Güiraldes?

Cada vez que releo el ensayo «¿El Paraíso en la Tierra?» se pregunta si verdaderamente su obra es lo analizado. Lo cierto es que Fernández de la Riva lo nombraba, mencionaba sus libros, sus personajes.

Los *Conciertos de Brandeburgo*, *Pasión según san Mateo* o la *Sinfonía No. 40*, el *Réquiem en re menor*, *Sinfonía de los adioses* y *El Mesías*, *Música acuática* o la *Sinfonía nº 9 en re menor* le servían para escribir y a la vez pagarse un boleto de ida y vuelta a otro cuerpo y por un momento llamarse Julio, Jorge Luis, Julio Cesar o Antón, Piotr Ilich, Ernest, Virgilio, Fiódor o Johann Sebastian. Pero eso era antes, cuando alternaba los cuentos, relatos y novelas con la poesía, la dramaturgia o sus textos críticos. Hoy, a pesar de que tiene a mano el libro *Las armas secretas*, prefirió llamarse Ernest en vez de Julio.

Ernest es el nombre ideal no solo porque Hemingway escribía de pie; hoy, en su emoción y desvarío, este hombre siente que irremediamente hay algo duro en su boca, acerado y frío. ¿El cañón de una escopeta?

3.

No hay tumbas de perros en su patio. Ninguna cabeza de animal cuelga en las paredes de su apartamento

salvo las fotografías de un escritor —un Cortázar joven con un gato barcino entre sus manos—, dos músicos —Lecuona y Bola de Nieve— y un insomne político comunista que devino escritor póstumo —Rubén Martínez Villena—. Tampoco hay grandes aventuras en su pasado —ni heridas ni recuerdos de ninguna guerra, tampoco pesquerías ni corridas de toros—, solo pequeñas o grandes escaramuzas para conseguir un amante. Pero siente que el texto teclado en la Remington tiene el mismo significado que llevarse a la boca el cañón de la supuesta escopeta.

¿Se atrevería a presionar el gatillo con el dedo gordo del pie?

Mientras hunde los dedos en su afro para ras-carse sonrío.

4.

Este hombre vive en el edificio 411, en Campanario, Centro Habana, a dos cuerdas de una calle con tanto tráfico de autos y peatones como lo es Zanja. Sin embargo, este barrio es muy tranquilo en toda la mañana y las primeras horas de la tarde. Su apartamento es bastante fresco aunque arrecie el verano, por eso, para trabajar —escribir alguna reseña o semblanza, preparar la presentación de un libro o una charla— se levanta temprano.

Bajo el influjo de los *Conciertos de Brandeburgo* se dispone a releer lo que ha escrito:

Puestos a contar, si se pudiera ir a El Floridita para zambullirse en un daiquirí y que la máquina de escribir siguiera sola, sería la perfección. Y no es un modo de decir. La perfección, sí, porque aquí el agujero que hay que contar —¿un agujero negro?— en este caso no es una máquina de escribir. Sé que si me voy esta Remington se quedará petrificada sobre el aparador, con ese aire de doblemente quietas que tienen las cosas inamovibles cuando no se mueven. Entonces tengo que escribir sin que nada me importe, escribir estas letras que mi cabeza, los dedos, la Remington y yo harán a pesar de lo que puedan pensar de nosotros. Pensar en la posibilidad real de fallar en el intento no es razón para no vivir, no es razón para que uno tenga que avergonzarse y estar aislado y andar callándose. ¿O sí? Alguien tiene que intentar escribirlo. Mejor que sea yo, aunque esté totalmente comprometido con lo sucedido; yo, que cuando cierro los ojos escucho el compás de la muñeira y veo la cara de una muchacha de cabello negrísimo tejido en una trenza (vestida con su trajecito gallego), ahí está la moza dándome la bienvenida en una bella jerga, y su voz que quise yo fuera, sin haberla nunca escuchado, la de la mismísima Rosalía de Castro —ojalá esa camarera me hubiera declamado en su bienvenida: Ben sei que non hai nada / novo embaixo do ceo,

/ que antes outros pensaron / as cousas que
hora eu penso. // E ben, ¿para qué escribo? / E
ben, porque así semos, / relox que repetimos /
eternamente o mesmo.

5.

Tras abandonar la Remington va a la cocina. La emoción va cediendo y con ella la sensación de llamarse Ernest. No se siente fatigado, solo ha perdido el hilo del relato. Quizá un poco de vino y algo de música sea una buena combinación.

En la mesita, junto al butacón, pone una copa y la botella de tinto. Lo bebe frío. Para él es imposible en este país tomar vino a temperatura ambiente. El tinto baja por la garganta como si tragara un fino papel de lija. ¿Se podría pedir más?

Y elige otro disco.

Sonríe al escuchar la voz de Elena Burke. Sonríe porque con ese álbum hace suya la vida y la voz de esa mujer.

Da un sorbo a la copa. Tararea. Y recuerda cómo aquel sábado de marzo, el tercero hace justo un mes, se acicaló para su paseo sabatino y el almuerzo en la fonda de siempre.

El Galeón era una fonda extrañamente apacible y bastante limpia. ¿Su cocinera?: tan alta como desgarbada —muy buena la sazón—; ¿el camarero?: un negro gordo y con cara de ladino, sonreía como

solo puede hacerlo el gato de Cheshire. El Galeón estaba escorado en La Habana Vieja, a varias cuerdas del mar.

Pero aquel paseo de sábado fue diferente.

Él, que ya no es Ernest sino Elena, se da un trago. Se envalentona y canta:

Qué te pedí
tú lo puedes al mundo decir
que no fuera leal comprensión al amor
que yo te di.

Y recuerda sus noches en el club El Gato Tuer-to, el bar Pico Blanco y el Scherezada. Este hombre también salía en busca de un jabalí para darle caza y comérselo aderezado. Entre el humo de cigarros, la mezcla de aromas de perfumes caros y colonias baratas, al amparo de la penumbra se sucedían los tragos, algunas caricias furtivas, confidencias, o chismes del mundillo cultural y la élite política. Y frente a ellos cantaba Elena:

Qué no te di
que pudiera en tus manos poner
y aunque quise robarme la luz para ti
no pudo ser.

Sabía que en una ciudad tan pequeña era casi imposible ocultar cualquier secreto. Bromeaban con él, con su aparente soledad. Para justificarse decía que se masturbaba o pagaba una puta del barrio San Isidro: La Duquesa —era una mujer a la que en verdad conocía y visitaba un par de veces al mes; supo arrancarle fragmentos de su vida y con ellos armó su primera novela.

Hoy me pides tú las estrellas y el sol
no soy un Dios, así como soy
yo te ofrezco mi amor, no tengo más...

Elena deja de cantar, alguien llama a la puerta.

Al levantarse del butacón el personaje de La Señora Sentimiento se va diluyendo. Ahora es solo un sesentón calzándose un par de chancletas.

Conocía ese toque, la hora también lo confirmaba: la 1:30 p.m. Tan pronto abriera la puerta tendría ante sí la sonrisa perfecta de su amigo David y el aroma del *after shave* Nivea.

6.

Todas las tardes de lunes David tomaba su apartamento, por poco más de dos horas, tal como si tomara una cabeza de playa. Estas visitas se volvieron habituales luego de una charla catorce años atrás, justo el 14 de febrero de 1987, en un recital en el Instituto Nacional para la Literatura y el Libro. Fue un largo y agotador recital de poemas y canciones de amor. En aquel 14 de febrero se reunieron escritores, artistas, funcionarios y un público variopinto en el que no podías definir con certeza dónde empezaba la afición y el deseo por la literatura y la música, el deber y la orden de escuchar, y la obligación de entender y descifrar, también la locura.

Este hombre, que va camino a la puerta mientras canta el estribillo de un bolero a dúo con La

Señora Sentimiento, estaba en el recital pero no leyó. David se le acercó, lo llamó Maestro y además le dijo:

—¿No nos va a regalar un poema?

El Maestro —en aquellos días pensaba que todavía era escritor, tenía listo *Nocturno de Casablanca* (un poemario en donde le daba voz a los conflictos de obreros y maestros) y reescribía diez cuentos fantásticos que en 1985 reuniría bajo el título *El canto de la cigarra*— se recuperaba de haber trabajado ocho horas diarias, durante poco más de un quinquenio, en el Cementerio de Colón. Miró sus manos. Aquellos siete años fueron el resultado de un dictamen tras el mutuo acuerdo de la Secretaría de Cultura, la Sociedad Nacional de Artistas y Escritores (SNAE), el Departamento de Seguridad Interior y el Ministerio de Salud, Sanidad e Higiene. En 1971 esa comisión valoró su libro *Fin de semana en Neverland*, premiado con el Segundo Lugar en el Concurso Anual de Novela de la Sociedad Nacional de Artistas y Escritores en la edición de 1970, como una verdadera afrenta. Era una novela en donde la Crisis de los Misiles sirvió de telón de fondo. Era una novela de amor que le daba cobija a un tórrido romance. Pero los amantes eran dos hombres y uno de ellos impartía clases de historia en la Universidad de La Habana: Sergio; Diego era uno de sus alumnos.

A pesar de que El Maestro supo cifrar esa segunda historia contenida en todo relato, el aparente desdibujado romance toma cuerpo en medio de la Guerra Fría. Kruschev, Castro, los misiles y Kennedy por un

lado, Sergio y Diego y sus penes enhiestos en el otro. Cuba en el centro, o debajo, la isla como escenario no solo de una invasión, ataque aéreo y el tema de arduas conversaciones entre Nikita Serguéievich y John Fitzgerald. Soliloquios sobre la muerte y el amor, la soledad, la virtud del hombre y la patria en un apartamento en El Vedado muy cerca del largo muro del litoral. Desde el balcón y las ventanas del apartamento Diego y Sergio veían los nichos de las antiaéreas, los milicianos apostados o marchando, y detrás, muy detrás de los parlamentos y digresiones del profesor y el alumno, desdibujados como palmeras salvajes bajo el calor y la luz del mediodía en un desierto, unos penes como émbolos, a todo vapor, horadando la sequedad de la carne sin que faltaran hoscas caricias y abrazos entre cuerpos sudados al borde de una guerra nuclear.

En aquel recital del 14 de febrero de 1987, el Maestro miró al rostro del por entonces joven David. Creyó ver en su sonrisa la confirmación de la burla.

—*Camarada*, mi poesía no es lo bastante buena para *esta* curaduría de amor y desespero.

Tras el énfasis en la respuesta su corazón le dio un vuelco. Volvió a mirar al rostro del joven: facciones duras, pelo corto y dentadura perfecta. Era un mulato atlético. David siguió sonriendo.

El corazón del Maestro era un corazón acusador, su rostro también lo delataba. Pensó levantarse pero desestimó la idea. Miró otra vez sus manos: los duros callos, las cicatrices de viejas heridas —su espal-

da sufrió el peso de los ataúdes, exhumó cadáveres y fue ayudante en la Brigada de Mantenimiento del Cementerio de Colón—, entonces sintió la punzada: ascendería desde los riñones espalda arriba.

—¿Cómo que escribe malos poemas? Para *ellos* usted a veces exagera —David señaló hacia las oficinas—, dicen que dejó de estar comprometido con su tiempo —le puso la mano en el hombro y bajó el tono de su voz—. Yo no lo creo —su voz fue apenas audible.

El Maestro miró a los lados, hacia atrás. Nadie les prestaba atención. Tosió para aclararse la garganta y responder. Cuando se volvió, advirtió que David se le había acercado todavía más:

—Su poesía no es tan buena como su prosa, pero tiene poemas que bien valen una misa —para David, el poemario *Kabuki* era bueno, le gustaba aquella recopilación de textos homoeróticos—. Pero no soy Dios, quién soy para darle esta opinión, yo solo leo... Me gusta mucho leer.

7.

Han pasado catorce años. A pesar de las canas y algunas arrugas David es un atlético mulato de cincuenta años, todavía llama Maestro a ese hombre que le ha abierto la puerta.

El Maestro, más que mirarlo, se regala un paseo por el cuerpo de David: dientes perfectos, recia anatomía,

jeans Levi Strauss y pulóver Chemise Lacoste ajustado, olor a *after shave* Nivea y una piel de un suave tono café. David sonríe y espera, ante el umbral de la entrada, escuchar la invitación que le franqueará el paso:

—Esta humildísima morada se hora con tu visita.

Tras un leve apretón de manos y un abrazo David pasa a la sala del apartamento. Hace suyo el butacón, se quita los zapatos. Han pasado catorce años y esa sigue siendo su manera de entrar a esta casa.

Pero hay una cuartilla a medio escribir en la Remington, otra sobre el aparador y David lo advierte. Tras arrellanarse en el butacón mira al Maestro —que regresa de la cocina con una copa—, sin rodeos pregunta de qué va el texto y cuál revista lo publicaría.

El Maestro hace un gesto de negación y sonríe.

—No te voy a cortar la inspiración... —David se calza los zapatos.

—Decidí tomar un descanso. Me hará bien conversar un rato.

David sonríe. Toma la copa que le brinda El Maestro. Y se levanta:

—Parece que hoy es un día especial —señala a la Remington—. Te propongo hacer un brindis, has vuelto a ser...

El Maestro ladea el rostro y hunde los dedos en la barba.

—Disculpa —dice David.

Tras un leve gesto de negación El Maestro levanta la copa:

—¿No íbamos a brindar?

—Por la literatura, por tu obra... Qué carajo: por ti. Chocan las copas, beben.

David camina al encuentro del Maestro. El abrazo se va haciendo largo al abrigo de la voz de La Señora Sentimiento.

El Maestro canta para sí, tiene los ojos cerrados y está en los brazos de uno de sus lectores. Comenzó a escribir un texto de ficción y ya alguien lo sabe, sin embargo esa persona no está enterada de que es un escritor argentino ya fallecido quien le sirve de ayuda.

El abrazo todavía es cálido y fresco el aroma del *after shave*. Pero una exclamación de David es la advertencia de que un chorrito de vino le mojó el pulóver.

El Maestro se disculpa:

—Te puedo prestar una camisa o un pulóver. Vamos... —invita a David a su cuarto para que sea él quien escoja.

El mulato hace un gesto de negación. El cambio de prenda puede esperar.

La temperatura en este apartamento es agradable, pueden conversar sin prisa. Antes de quitarse el pulóver pregunta si no hay inconvenientes.

8.

Es David quien llena las copas. Es David quien se levanta y camina hasta el ventanal de la sala. Su

intención es entornar las hojas de la ventana, es una vieja costumbre. En su primera visita pidió, en voz apenas audible, cerrar o entornarlas. Aquella vez dijo, ambos lo recuerdan: «Maestro, no se moleste, pero la Liga de Estudiantes Universitarios no se hará la de la vista gorda si se entera de mi visita y quiero seguir viniendo si no le parece mal».

Aquella fue una larga primera jornada en la que David probó por primera vez la comida del Maestro. A media luz y con La Lupe como música de fondo disfrutaron un pulpo hervido en agua y sal, bañado en aceite de oliva y con su pizca de pimentón picante. Hubo pan de corteza dura y una botella de Rioja. Cuando el joven David vio la mesa servida miró al rostro del Maestro.

—Mi primera vez fue en una pulpería muy famosa y barata: la Taberna Ezequiel —dijo El Maestro.

David le preguntó dónde estaba ese restaurante.

—En Galicia, querido... Es un plato muy tosco, pero delicioso.

David le dijo que su carne preferida era el puerco asado en púas, con carbón y palo de guayaba.

—No todo es cerdo, yuca y arroz moro... Allí cortan el pulpo con tijeras y lo sirven en una tabla... una tabla como si fuera un plato llano. Solo fui una vez. Deberíamos usar la memoria para olvidar.

De la ventana, las últimas persianas que David entorna son las que están casi sobre la Remington. El Maestro se

alarma al ver al mulato frente a la máquina de escribir, pero guarda silencio y cruza los dedos. En esta mañana de música y tinto frío servido en copas, a la que le han sumado un largo y cálido abrazo, solo Dios sabe cómo podría reaccionar David ante las dos primeras páginas de un relato acabadas de mecanografiar. Pero David conoce bien a este hombre que ahora se rasca la barba. Nunca le dio a leer nada a medio escribir. No le pedirá romper con su costumbre aunque haya comenzado a trabajar en un texto de ficción luego de haber transcurrido catorce años. Esperará. No puede impacientarse. Gracias a su paciencia todavía no ha cometido ningún desliz con El Maestro. Esperará. Así ha hecho desde aquella primera visita en 1987. David está a la espera de un texto como el libro de cuentos *Bajo el mismo cielo* o la novela *Fin de semana en Neverland*. Justo eso espera, que vuelvan a aflorar los demonios en la obra del Maestro. Quizá este manuscrito no sea como la mayoría de esos artículos del Maestro cuyo valor, en estos últimos catorce años, se reducía a una firma. Como si lo hubieran castrado. Esperará. Tiene que ser paciente.

David sonrío y vuelve al butacón.

El Maestro ya se siente aliviado.

9.

Hablan animados. Los temas son variados y hay otra novedad en este encuentro: David se ha

atrevido a escribir una novela. Tras un sorbo de tinto y los primeros acordes de una nueva canción, David dice:

—No es gran cosa. Quisiera contar una historia imposible... Una historia de amor entre dos hombres. No sé si es un deseo o un capricho, pero quiero hacerlo.

El Maestro sonrío y toma la botella de vino.

—Por tu novela. ¿Cómo se llama?

—Decidí ponerle «Los últimos días de un case-rón».

Llena las copas.

—Esa luz es tu sombra... —dice el Maestro y alza la copa.

Tras el brindis, David le pide pasar al cuarto para escoger un pulóver:

—Me voy. Ya te robé demasiado tiempo.

El Maestro hace un leve gesto de negación.

Todo este tiempo con David le ha servido para tomar un descanso. Quizá luego de un baño vea la trama mucho más clara. Incluso tiene hambre. Bien podría devorar todo un jabalí.

—Gracias, querido.

El mulato se encoge de hombros:

—¿Por qué me da las gracias?

—No me hagas caso...

El Maestro sonrío, lo invita a pasar al cuarto.

Ahí van: David camina descalzo, lo sigue un hombre que justo hoy comenzó a escribir un relato.

Ese hombre va camino a su habitación cantando a dúo con La Señora Sentimiento, le pondrá la mano en la espalda a su amigo tan pronto estén frente al closet. Lo invitará a escoger.

Mientras David mira las prendas colgadas en los percheros, El Maestro, luego de darle una palmada en la espalda, le recuerda que no debe tener ninguna pena, puede escoger lo que desee. Esa mano, tras sentir la calidez de la espalda, duda en deslizarse por otras zonas del cuerpo. Pero basta la mirada del mulato, los recios músculos y unos labios carnosos. Basta que David le diga: «Para mí es una dicha cruzar esa puerta... la de tu casa quiero decir». Y ríen.

Entonces la mano cobra vida y convida a la otra, se deslizan sobre la espalda del mulato.

Si el viaje más largo comienza con el primer paso, el «doble festín de la carne» se inicia con el primer bocado. Como un buen depredador escogerá la parte más blanda. La boca del Maestro primero morderá los carnosos labios de David.

Suaves dentelladas, las uñas clavadas en la piel, en el colchón. Lamer el sudor, embadurnar con saliva un pene nervudo, el ano y el recto reseco.

Carne durísima,
palpitante y tibia;
hinca, embiste pausada,
horadando,
despacio,
embiste y se abre paso,
horadando más.

Inicio del paroxismo.

Bufidos, gritos roncós.

Cada cual intentará saciar una parte de su hambre. A un mismo tiempo estos dos hombres serán el astuto cazador y el fiero jabalí.

Carta de Julio Cortázar (1964)

París, 18 de agosto de 1964

Querido Alfonso¹:

Ya apechugado y puesto frente a la máquina tecleo para ti; Alfonso, cuán difícil es privarme de esta costumbre, te ruego que me perdones, siempre dejo a un lado la estilográfica porque la máquina me permite ser eternamente espontáneo y decir lo que me nace de más adentro. Leí tu carta, llegó con cierto atraso, algo misterioso pasa con la correspondencia que llega desde Cuba. Y para colmo aquí en París se habla mucho de cartas y paquetes que no llegan jamás a La Habana y naturalmente uno se contagia y teme que estas cuartillas acaben balanceándose en la cresta de una ola o durmiendo en alguna oficina de correos —lo que es mucho más lúgubre todavía.

Me alegró leer tu nombre en el sobre, pero me emocionó todavía más y me sentí muy feliz al leer lo que en la carta me decías. No exagero si te digo que entré como en un trance, te escribo bajo el influjo de esa impresión de que un ensayista como

¹ Alfonso Fernández de la Riva (La Habana, 1928 – La Habana, 1971), ensayista. Para más detalles consultar en «La Caja de las Maravillas».

tú encontrara en Rayuela cuanto puse o intenté dejar por escrito, y que además las páginas de mi libro sean los pilotes del puente que iremos construyendo, porque sé que más temprano que tarde tendré en mis manos un nuevo libro escrito por ti (los nuevos pilares que encajarás en el lecho marino para, de extremo a extremo del globo terráqueo, acercarnos).

Recibí carta de Roberto², en ella también me hablaba de mi novela, cuán grato es recibir no una sino dos cartas desde una isla que tan cálida me ha recibido (y no lo digo por todo ese sol que se va doblando en calor y luz sobre la piel) y que me deparó y deparará sorpresas. Permíteme un paréntesis: ayer me desperté bien temprano, quería aprovechar la ocasión para ponerme a trabajar un poco a la manera de Valéry, con la diferencia de que primero cebé un buen mate amargo y me fui con la máquina de escribir y unos libros al rincón más alejado de la casa para no molestar a Aurora. Terminé de trabajar, seguí con el mate, entonces llamaron a la puerta. El que llamaba era el cartero, y lo que me traía eran dos cartas fechadas en junio y julio, una era la tuya, la otra era la de Roberto. Quedé ciertamente deslumbrado porque el día anterior recibí tu Emancipación³ junto con la Casa⁴.

² Roberto Fernández Retamar.

³ Revista *Emancipación: Cultura y Sociedad*, fundada en 1963 por el ensayista Alfonso Fernández de la Riva, quien la dirigió hasta finales de 1970. Para más detalles consultar «La Caja de las Maravillas».

⁴ Revista *Casa de las Américas*, fundada en 1960 por Haydée Santamaría como órgano de la institución homónima.

Desde que volví de Cuba me asaltan bocanadas de irrealidad; aquello era demasiado vivo, demasiado caliente, demasiado intenso, y Europa me parece de golpe como un cubo de cristal, y yo estoy dentro y me muevo penosamente buscando un aire menos geométrico y unas gentes menos cartesianas. Creo haberle dicho a Calvert⁵ que me he enfermado incurablemente de Cuba. Me hace doblemente feliz lo que Roberto y tú han podido encontrar de bueno en el libro. Él me preguntó en su carta si se podía escribir así por uno de nosotros (cuando digo nosotros ustedes están incluidos, es un nosotros que abraza o abarca a los latinoamericanos). Coincido contigo, si tienes alguna cosa que decir y no lo dices con el exacto y preciso lenguaje que tiene que ser dicha, pues de alguna manera no la dices o la dices mal. El estilo no es una cuestión de nivel de escritura. No tiene importancia alguna que haya sido yo el que escribiera de ese modo, lo único que de veras importa es ese tiempo americano al que debemos de una vez por todas llegar, un tiempo americano en el que se pueda escribir así o de otro modo, es decir con todo lo que tú señalas o Roberto connota al subrayar la palabra.

Es cierta la conexión que ves entre «El perseguidor» y mi novela; ese cuento es una «Rayuelita», Johnny Carter es un poco Oliveira, no quería utilizar con la facilidad que eso da un personaje muy intelectual, un gran artista (como ha hecho Thomas Mann, y esto no

⁵ Calvert Casey.

es una crítica; lo hace desde su punto de vista en Doctor Faustus y La montaña mágica). Al tomar personajes muy evolucionados intelectualmente es relativamente fácil poner los grandes problemas en sus bocas, esas gentes discuten por todo lo alto, pero yo conozco en mi propia vida (y yo soy uno de ellos) gentes que en el fondo no pertenecen a un alto nivel intelectual, gentes fundamentalmente media, mediocre incluso, y que sin embargo viven experiencias de angustia, experiencias metafísicas, gentes que tienen una necesidad de apertura, de ver lo que hay del otro lado de las cosas.

No sabes cuánto me sorprenden esos jóvenes de Buenos Aires que se han comprado un ejemplar y han hecho suya Rayuela. Miguel Ángel Asturias se alegraba de que un libro suyo y uno mío estuvieran a la cabeza de las listas de best-sellers en Buenos Aires. Le dije que eso estaba bien, pero que había algo mucho más importante: la presencia, por primera vez, de un público lector que distingue a sus propios autores en vez de relegarlos y dejarse arrastrar cauce abajo por las traducciones y el snobismo del escritor europeo o yanqui de moda. Hay ahí un hecho verdaderamente trascendental incluso en un país como Argentina en donde las cosas marchan tan mal. No es aventurado decir entonces que los signos de madurez se manifiestan de alguna manera, y en este caso de una manera particularmente interesante e importante: a través de la literatura. Por esa razón le dije a Roberto que no es tan raro que ya haya llegado la hora de escribir así. Ya verán que junto con mi libro o después de él aparecerán otros que los llenarán de alegrías.

¿Cómo estás? A estas alturas de mi carta supongo que te habrás preguntado por qué continuamente hablo de Roberto y además lo cito si esta carta es en respuesta a la tuya. Querido Alfonso, no lo tomes a mal, a fin de cuentas los tres hemos compartido charlas bien largas, paseos en la ciudad, horas o kilómetros en automóvil (aunque Roberto y yo hagamos lo posible por tener los mejores asientos), además, esta carta no será la última que de mí recibas, quedó pendiente la entrega de colaboraciones para esa Emancipación que tienes entre manos. Veré cómo puedo arreglármelas con Roberto y contigo, a veces se me da muy bien lo de la ubicuidad, pero solo a veces. Por un lado está Casa y por el otro extremo de la cuerda tiras tú. Por favor, gordo, no dejes nunca de hacerlo. Esos tironazos me mantendrán con los pies bien puestos en la tierra. Con mucho gusto te daré textos míos, me habría gustado mandarte algo inédito, para que algo mío naciera en Cuba, pero no tengo nada por el momento, después de Rayuela siento que me quedé completamente deshidratado, despallabrado; esa experiencia fue una especie de inventar en el mismo momento de escribir, sin adelantarme nunca a lo que yo podía ver en ese momento. Por cierto, de lo que te mande, siéntete libre de culpas si no quieres incluir en tu Emancipación algo que ya fue publicado en otras revistas. Respondiendo a tu otro pedido, conozco a pocos escritores (aunque te parezca raro) y vivo muy solo, pero ya te encontraré cosas buenas en relación con lo que me pides, prometo hacerte llegar algo verdaderamente bueno.

Como me será imposible en esta carta dejar a un lado a Roberto, y sé que no lo tomarás a mal, gracias por haberle mostrado a Lezama⁶ cuánto me acuerdo de él y lo mucho que lo admiro. Quiero escribirle pero te confieso que me intimida. Cuando lo intento recuerdo una y otra vez la noche en que cené con él y lo escuché hablar. En ese tiempo americano del que te hablé uno de los modos de escritura es el de ese Lento Volcán de Palabras. Tenemos que pensar, che, lo que se llama pensar, es decir sentir, situarse y confrontarse antes de permitir el paso de la más pequeña oración principal o subordinada.

Hablando de libros (ahora me sonrojo porque este párrafo no trata de libros, sino de mis libros), me alegra y me pone muy orgulloso saber que escribiste y publicaste una reseña sobre Rayuela, y que podré leer a finales de año. Como te conozco, gordo, imagino que la lucidez, el humor y exactitud de tus palabras (ahora imagino un escalpelo) se habrán aliado para descubrir inmejorablemente lo que haya de malo y de bueno en mi librito. Espero con muchos deseos un ejemplar de la revista.

No dejes de escribirme si necesitas libros o revistas de este otro lado del mundo. Puedo enviarte cualquier publicación que necesites. Creo que me dijiste que no se te da muy bien el francés pero sí degustar la pastelería francesa, esta sería una buena oportunidad para que empezaras con esa otra variante de repostería.

⁶ José Lezama Lima.

Dale mis afectos a Arrufat⁷, a Lisandro Otero, a Calvert Casey, a Edmundo Desnoes, y por supuesto a Roberto y Lezama. Un abrazo de Aurora para ti.

Si hay algo que la máquina de escribir no me permite hacer con soltura es la despedida. No sé cómo hacerla.

Pongamos entonces ten de mí un abrazo muy fuerte.

A handwritten signature in black ink, appearing to be the name 'Aurora' written in a cursive, flowing style.

Otro sí digo: Hice un paquete con mis libros, y tal como te lo había prometido los mandé a ese caserón del Vedado⁸ en donde se gesta una Emancipación. Ahora espero que de allá me manden todos los libros y revistas que me regalaron, porque quiero ocuparme aquí en París de hacer traducir textos y publicarlos en revistas francesas. Cuando estés por el caserón, fíjate si se acuerdan de enviarme mi regalo; ya sabes que aquí sería absolutamente imposible encontrar nada de lo que ustedes publican.

⁷ Antón Arrufat.

⁸ Sede de la revista *Emancipación: Cultura y Sociedad* (Calle 8, esquina a 11, Vedado). A partir de 1972, año en que desapareció la revista, el inmueble fue utilizado como sede de otras instituciones de la Secretaría de Cultura. Por problemas estructurales, en 1995 el inmueble fue declarado inhabitable.